

gico: *El país de las maravillas* (Castaño), *La leyenda de X*, *Fábula y Don José Donoso* (Garcés). Este último poema se evade, para provecho propio, del tema y su restricción. Detengámonos en él: "Vuelvo con frecuencia / a ese pasaje de su libro / en donde se mueven / las hojas de los árboles // no hay allí prisa // casi que ni hecho alguno // pero algo me atrae y me obliga / con su leve mandamiento". Bello poema, sin duda. Desde la única noche, el narrador chileno ha de estarle agradecido por el homenaje. Y esto me lleva a una consideración sobre el largo alcance que puede tener un poema por su exclusivo valor enigmático. No se trata de que alguien busque la página correspondiente de Donoso para gozar de estas palabras reunidas, o de su "causa" (para decirlo ahora en clave de Ezra Pound y para cuatro personas). No es necesaria la pesquisa. Quedémonos en el enigma, que vale por sí mismo².



No puedo dejar de mencionar la contribución de Darío Villegas, que carga en los hombros —o en los carboncillos, o en la tinta— lo más difícil. Quizá los dibujos que no intentan representar ni "ilustrar" ningún poema sean los que provocan una sensación de complicidad con esos puntos desparramados con maestría en la hoja en blanco. Son los mejores, a ojos cerrados. Los demás (siendo mayoría) soportan la exigencia del espacio y —redun-

demos— la imposición del proyecto. Así son las cosas que la poesía no decidió voluntariamente, sino de las que fue informada a posteriori.

EDGAR O'HARA
Universidad de Washington
(Seattle)

1. Podríamos también incluir aquí, de carambola, a *Viajero*, el poema de Yirama Castaño que empieza con estos versos: "El viento silba su nombre. / Y no es de noche. / Sólo es un día igual a otro...".
2. Coincidencia de las coincidencias... Mientras estaba escribiendo esta nota, me dio por abrir la reunión antológica de Jorge Teillier titulada *Los dominios perdidos*, y en la sección de un libro de fines de los años setenta me topo con la maravilla: "Estas palabras quieren ser / un puñado de cerezas, / un susurro —¿para quién?— / entre una y otra oscuridad. // Sí, un puñado de cerezas, / un susurro —¿para quién?— / entre una y otra oscuridad" (*Estas palabras*). Sobre toda explicación...

Caminos de la nostalgia

Botella papel
Ramón Cote Baraibar
Editorial Norma, Bogotá, 1999,
83 págs.

Todos los caminos conducen a Roma, reza el dicho. Y todos los temas sirven a la poesía. La nostalgia es a menudo un camino emprendido por los poetas. El regreso al pasado, a la niñez, al lugar de las primeras experiencias, la evocación de ciertos olores, las primeras palabras que marcaron una ruta de amor o de odio, el sabor de una fruta, la primera casa donde todavía hacen ronda los fantasmas, la primera mirada que también fue el primer signo del deseo. En fin, el regreso calidoscópico de una diversidad de imágenes que, en apariencia, constituye la materia definitiva de la poesía.

Pero qué difícil y qué frágil es la poesía. Cuánto se equivocan a menudo quienes no valoran de verdad

la importancia del arte literario e incurren sin rubor (léase: sin autocritica) en el desperdicio, en la insubstantialidad de lenguajes que no crean, que no reviven ni de lejos esos mundos de verdad hermosos donde residen nuestros mejores sueños. Al amparo de que no hay tema malo.

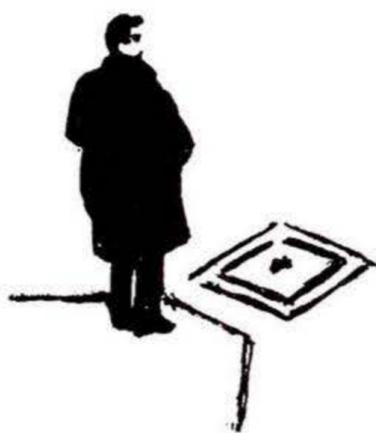


Este preámbulo, que ya se extraía un poco, está buscando aterrizaje en un librito de pastas rojas ilustradas con tres fragmentos de pinturas policromas, bellas y evocadoras, de un patio, de una fachada, de un muro, donde la vida, en apariencia detenida, en realidad se mueve airosa por la luz, por el musgo que sin dudas está creciendo, por el silencio que aguarda una señal para volverse palabrero.

Un librito que tiene por título un grito, dos palabras que resuenan en la calle desierta de las dos de la tarde: *Botella papel*. Y adentro: los oficios, las herramientas, los vehículos que transportaron el anhelo de los artesanos de una vida quizás opaca, quizás apaciguada en las inofensivas aguas de rutinas callejeras, en el contacto cotidiano de quienes nunca tuvieron la dimensión de un mundo que ambiciona una perfección absurda, una felicidad de afiche y de comercial, en la terquedad de la rapidez y de la aplastante disculpa del progreso.

Este libro, de Ramón Cote Baraibar, es un libro singular en la reciente poesía colombiana, porque es un libro hermoso que, echando mano de ese argumento tan huidizo, tan resbaloso, tan sin fondo, que es la nostalgia, o, digamos, la evocación de una vida (y de unas vidas) que ya no

se ve, que han extinguido el tiempo y los nuevos espacios de las nuevas ciudades, no recae en la falacia de paraísos destruidos, ni en los lamentos de protagonistas venidos a menos, ni en la "ejemplaridad" de conciencias ecuánimes y altruistas. Este libro nos trae las voces sin imposturas de los protagonistas de un mundo que todavía vive, porque existen vivas en estos poemas. Porque no son esas voces un lamento, porque no se valen de ninguna disculpa para que el lector les crea su condición de desterradas, o de marginadas del mundo de lo posible, o de extraviadas en un paraíso incomprendido. Con la sola fortuna de sus vidas, estas voces nos van diciendo cuán hermoso fue el momento que les tocó vivir, cuánta derrota también les tocó afrontar, y cuánta belleza había en ese cambio de la algarabía y las fiestas de la calle, a la soledad irremediable del declive, de la penumbra, del acabose: "Un pavorreal anda suelto por las calles. El jardinero lo sabe y al amanecer ordena en la parte posterior de su bicicleta la aceitada máquina de cortar el pasto que bifurca hacia la altura su manubrio de madera. Paralela pone a su lado la escoba al revés, por agujero, para que su penacho de paja salude como se debe al sol del mediodía. [...]"



A esas alturas de la mañana el desconcierto del jardín es general, pues consideran a la podadora como el más descomunal aspirante a grillo. No hay otra música que iguale su trabajo, nada comparable a su risa viciosa de fumador, nada sobre la tierra que supere su sonido sonámbulo" (*Jardinero*, pág. 29).

Y al final: "Quedan pocos con tus herramientas. Son contados tus trabajos y cada vez más esporádicas tus apariciones. La velocidad te arrebató tu paraíso y tu pavorreal. No podemos olvidarte. Y para hacerte justicia, en un acto tan valiente como inútil, unimos con una línea imaginaria varias estrellas en el cielo para que seas nuestro signo en el Zodíaco. Y así permanezcas" (*Oración por el jardinero*, pág. 32).



Es, pues, la poesía, el lenguaje sin manierismos, la que restituye a la realidad su cota de sueño, de creación, de activa imaginación. *Botella papel* es ante todo un lúcido ejercicio de lenguaje. Sin rebuscamientos ni grandes propósitos, rescata del olvido lo que, justamente, está lleno de lenguaje, lo que está inmerso en la memoria resistiéndose a morir.

Nada tiene que ver esta poesía con aquella escritura maniquea que ha hecho carrera a lo largo de muchos años entre nosotros, especie de gimoteo encubierto de "mensajes" políticamente correctos y que ha pretendido, de la mano de un Benedetto, por ejemplo, glosar las nociones de progreso, civilización, modernismo, etc. Palabras revestidas de tanto edulcoramiento y de tanta intencionalidad, que terminan diciendo nada. Huera poesía que, sin lugar a dudas, temprano el siglo XX, motivó estas líneas de Alberto Caeiro, heterónimo de Fernando Pessoa: "Hablas de civilización, y de que no debe ser, / o de que no debe ser así. / Dices que todos sufren, o la mayoría de todos, / con las cosas

humanas por estar tal como están. / Dices que si fueran diferentes sufrirían menos. / Dices que si fueran como tú quieres sería mejor. / Te escucho sin oír. / ¿Para qué habría de querer oír? Por oírte a ti nada sabría. / Si las cosas fuesen diferentes, serían diferentes: eso es todo / Si las cosas fuesen como tú quieres, serían sólo como tú quieres. / ¡Ay de ti y de todos los que pasan la vida / queriendo inventar la máquina de hacer felicidad!" (Fernando Pessoa, *Poesía* [traducción: José Antonio Llardent], Madrid, Alianza Editorial, 1983).

Botella papel no es una queja, no es vana nostalgia, no es una requisitoria: es una fiesta de la palabra. Es un canto a los oficios (tampoco a la manera casta, pura y raizal de un Castro Saavedra), tomando de ellos la bella y alta dignidad que generan en su propia intimidad, en la lucha jubilosa por sobrevivir. En su imaginación simple y cotidiana: "Como un general ante el paredón, el fotógrafo de los parques alzó su mano firme en señal de detenimiento. Su orden resonó como una detonación entre los transeúntes. Y una mancha de palomas. Lo suyo son los domingos. Los domingos soleados y sin escapatoria. Ese día sobresale en medio del parque una flor alta y parálitica que se apoya con decisión sobre sus largas muletas de la guerra de los mil días. En su cúspide se aprieta una semilla negra, rectangular y milagrosa, que mueve sus pétalos metálicos a petición de los amantes" (*Fotógrafo de los parques*, pág. 23).

Es una voz madura la de Cote Baraibar. Una voz firme que desde su primer libro, en 1985, *Poemas para una fosa común*, hasta éste, su cuarto título, ha tendido un hilo de fina poesía sin facilismos ni artugios. Una poesía que insiste en los pequeños temas, en la ironía de la vida cotidiana, en el amor, en el recuerdo. Una poesía que, aun registrando algunos ecos mutisianos, ha ganado sin ninguna duda un lugar importante en el panorama actual de nuestra literatura. De manera silenciosa Cote Baraibar ha ido soltando sus libros en una actitud de permanencia, de insistencia en la escritura

ra. Y, sobre todo, de evolución, de asentamiento en una poesía decididamente importante, lúcida, llena de vigor y de lenguaje.

Dos poemas de sus libros anteriores nos conectan con éste de ahora, y los traigo aquí a manera de ejercicio de rastreo, y por el gusto también de releer dos hermosos textos tal vez olvidados: "Por ese puente comenzaba un río / a despojarse de sus nombres. / Sobre las piedras siglos de agua: / baldosa antigua que resbala hacia la muerte. / La noche pasa pidiendo un árbol y sólo la hospedan sus despojos" (*Pasado*, de *Poemas para una fosa común*, 1985).

"¿Hasta cuándo seguirá siendo / necesario / ver pasar una pareja corriendo / por la calle / cogida de la mano, tan poco / ágil, / ajena al latido de los semáforos, / para seguir creyendo, creyendo, / creyendo en el amor?" (*Atribuible a Jacques Prévert*, de *El confuso trazado de las fundaciones*, 1991).

En la claridad de estos poemas, en la singular transparencia de su lenguaje, en la expresiva poesía que alcanzan las palabras cuando van sujetas a las invisibles riendas del arte, se puede corroborar, a ojo de buen cubero, que un libro como *Botella papel* no es más que un tramo del placentero viaje que su autor ha emprendido hace tiempos y, casi sin darse cuenta, y sin detenerse, lo entrega al lector. Al afortunado lector.

LUIS GERMÁN SIERRA J.

Sobre la Bogotá demolida

Botella papel

Ramón Cote Baraibar
Editorial Norma, Bogotá, 1999,
83 págs.

Botella papel, el último libro de Ramón Cote Baraibar (Cúcuta, 1963), publicado por Editorial Norma, muestra tres de las constantes más

notorias de su poesía, como son su carácter narrativo, el empleo del verso largo, salmódico, que poetas como Álvaro Mutis y Jorge Zalamea han trabajado dentro de la tradición colombiana, y el motivo de la infancia como eje focalizador de su reflexión poética. Se trata de un libro cerebral de poemas en prosa con una fuerte arquitectura temática y estructural cercana a la intención épica.



El motivo central de este poemario es la Bogotá *demolida*, la Bogotá de las casonas que han ido desapareciendo junto con sus personajes memorables de la vida cotidiana y sus oficios, convertidos en ejercicios superfluos de vida que el poeta hermana a la condición del quehacer de la poesía. Pero más allá de la temática y de la intención, el mérito de la propuesta de este libro se encuentra en la estructura misma, que refleja un sentimiento épico, fundacional.

Como en los mejores poemas clásicos, la arquitectura de *Botella papel* está concebida para llevar de la mano al lector por entre las ruinas del infierno urbano, por una ciudad cuyo semblante se ha desmoronado con la aparición de nuevos conglomerados multifamiliares. En un intento por inmortalizar la memoria de la ciudad, el poeta ha ordenado con precisión la línea argumental del texto. El libro está dividido en tres secciones temáticas que tratan de los hombres, de los objetos y de los fenómenos atmosféricos que definieron la Bogotá desaparecida y que, gracias a sus vestigios, siguen definiendo en parte esa ciudad circunscrita a la vida de barrio del norte re-

sidencial. A su vez, estas secciones están subdivididas en dos tipos de poemas: el primero, retrata tanto la figura arquetípica como los escenarios de esa Bogotá añorada, y luego, un poema gemelo, especie de oda en prosa que celebra lo retratado en el poema que le antecede.

Al comienzo de cada bloque temático, un poema preanuncia el ciclo poético que se va a recorrer en cada uno de ellos. Tales poemas hacen las veces de preludio, *intermezzo* y epílogo, e introducen al lector en un ambiente y en una línea de reflexión específica que traza el mapa de la ciudad recordada. Una estructura inteligente que, después de llevar al lector a alturas líricas, interrumpe a buen tiempo el canto, cerrando con dos poemas irónicos para desmitificar el tono melancólico de las primeras partes.

El libro se abre con el poema *Demoliciones*, que funciona a manera de preludio tanto de la primera línea temática como del libro entero. En este poema, Ramón Cote se vale de la infancia para dar un carácter ritual a la destrucción de la ciudad. Es gracias a la mirada del asombro infantil que las ruinas de las viejas casas adquieren un valor ancestral, casi atávico:

Sólo los niños comprenden que las casas demolidas son el lugar indicado para inventar sus ceremonias y convierten los lavaderos sin pedir permiso y con los ojos abiertos hasta la tiniebla, en improvisados altares de sacrificio. Reúnen ladrillos como si participaran de algún rito iniciático y se sientan al rededor de los escombros con la seriedad exigida en los templos. Y le asignan a la escalera desolada, a su aturdido caracol de madera, el poder de un observatorio. [pág. 17]

Oficios varios, la primera de las tres subdivisiones temáticas, retrata personajes que la ciudad contemporánea ya no contempla. Por entre estos versos desfilan el repartidor de carbón, el fotógrafo de los parques,